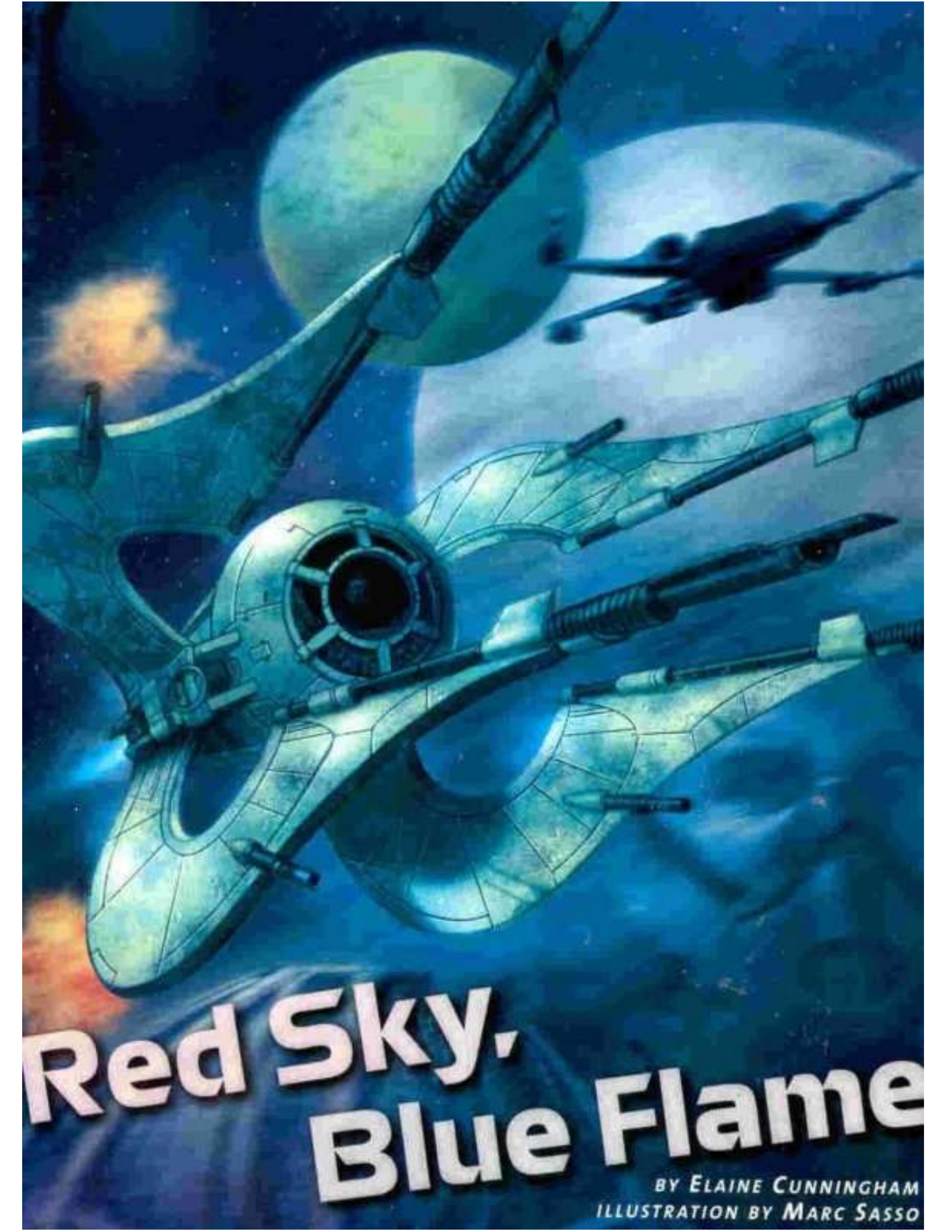

Red Sky,
Blue Flame
BY ELAINE CUNNINGHAM
ILLUSTRATION BY MARC SASSO

Para los chiss, el heroísmo es cosa de necios.



Cielo Rojo, Llama Azul

Elaine Cunningham



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Red Sky, Blue Flame*

Autora: Elaine Cunningham

Arte de portada: Marc Sasso

Publicado originalmente en *Star Wars Gamer 7*

Publicación del original: 2001

19 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

04.05.20

Base LSW v2.22

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Jag Fel abrió la astillada carlinga con un golpe de su hombro y salió con dificultad. El aire helado le golpeó. Protegió sus ojos del viento y escrutó el horizonte buscando la academia militar chiss. Una gran esfera se elevaba sobre el desolado paisaje, apenas visible a través de las borrascas de nieve. Si no fuera por el reflejo de las tres lunas convergentes, no habría sido capaz de verla en absoluto.

Con un suspiro, comenzó su penoso camino de vuelta. Con este clima, para cuando consiga llegar ya estaría tan azul como un chiss.

El silbido nasal y agudo proveniente del deslizamiento de un aerotrineo se mezcló con el viento que se intensificaba. El vehículo, de un brillante color rojo, avanzaba entre los torbellinos de nieve, conducido por un robusto chiss con cabellos blancos como el hielo.

—¡Obersken! —gritó Jag, agitando los dos brazos para atraer la atención de su salvador. Era de dominio público: la mayor parte de los vuelos de Jag con la *Llama Azul* concluían con un aterrizaje interesante y reprimendas por parte del mecánico jefe.

El viejo chiss se detuvo y lanzó a Jag una siniestra mirada. Moviéndose con soltura, sujetó los cabos a la nave y la izó a bordo del aerotrineo. Puso mala cara al ver el enorme mynock aplastado contra el parabrisas de Jag.

—No pudiste evitarlo, supongo. Por lo menos esta vez tienes una buena excusa.

Jag reprimió una mueca.

—¿Y qué podía haber hecho? Esta cosa se había instalado en la nave de Shawnkyr y comenzaba a comerse los cables de su ala delantera de babor. Yo, eh… la distraje.

Obersken le lanzó una mirada de absoluto disgusto.

—Irreflexivo, indisciplinado. No hay lugar para los héroes en este cuerpo. ¿Cuántas veces te lo he dicho ya?

Jag inclinó la cabeza, en un gesto que expresaba el reconocimiento de la sabiduría de esas palabras y, al mismo tiempo, pedía perdón por no haberlas obedecido. Desde que era un niño, había soñado con ser un héroe. A sus catorce años, ya contemplaba esas ambiciones pasadas con la nostalgia reservada a las locuras de la infancia.

Gimald Nuruodo, el instructor de vuelo, se unió a ellos en la puerta.

—¿Más heroicidades, teniente Fel?

El tono del comandante, frío y educado, expresaba con dolorosa claridad su opinión.

—Señor, ganamos el ejercicio, señor —declaró Jag secamente, a la defensiva.

—Ganar o perder no es la cuestión. La falta de respeto a las normas, la presunción de un individuo que coloca sus impulsos por encima de la sabiduría colectiva de la tradición y el clan, eso es algo que no podemos permitirnos. —Hizo una pausa y resopló, disgustado—. Sigues igual que tu hermano, como siempre.

El primer impulso de Jag fue darle las gracias al chiss, lo que habría sido una respuesta sincera, pero que ciertamente habría parecido una insubordinación. Su hermano, Davin, había sido un héroe en todos los sentidos de la palabra, y los chiss siempre encontraban miles de formas de recordárselo.

Thrawn fue un héroe, pensó Jag, pero sabía que más le valía no decirlo en voz alta.

***

Más tarde, en el reconfortante calor de la academia, los pensamientos de Jag se entretuvieron en la figura del gran almirante Thrawn. Era más sabio guardar esos pensamientos para sí mismo, incluso cuando se unió a los demás cadetes para la cena.

Largas y rectas hileras de futuros guerreros de piel azul llenaban el comedor. Todos permanecían completamente erguidos, nadie hablaba. Sentados con una postura perfecta sobre los bancos de plastiacero desprovistos de respaldo, cenaban silenciosamente. Imposible imaginar al verles que el objetivo central de sus vidas acababa de desaparecer súbitamente.

Durante meses, la frase «*¡Thrawn ha vuelto!*» había resonado por toda la nebulosa de Rata como los cantos matutinos de los pájaros que se propagaban a través del bosque protegido por la cúpula de la academia. Los rumores de la supervivencia del gran líder habían galvanizado los puestos de avanzada chiss. El entrenamiento de los cadetes se había acelerado con la esperanza de que el gran almirante les llamaría pronto al servicio activo. Incluso Jag había recibido una nave. Se consideraba igual de preparado que los demás cadetes chiss, e igual de decidido a esforzarse en el servicio.

Pero el retorno de Thrawn no había sido más que una mentira, un engaño perpetrado por un clon y su cómplice. Jag sintió como si alguien le hubiera arrebatado su *desgarrador* en pleno vuelo. ¿Qué se suponía que él y los demás cadetes debían hacer ahora?

Como para responderle, un chiss de elevada estatura con el uniforme burdeos de comandante de la casa Phalanx irrumpió en la sala. Los cadetes se incorporaron bruscamente y se giraron con precisión militar hacia la entrada para esperar las palabras del comandante.

Jag esperaba con ellos, observando al comandante chiss con una mezcla de interés y aprensión. Conocido solamente con el nombre de «Stent», había servido junto al almirante Voss Parck y con el padre de Jag, el general barón Soontir Fel. Stent era también la razón por la que Jag había acudido a esta academia en concreto.

—Descansen —dijo el chiss con voz baja y perfectamente modulada que alcanzó hasta los rincones más alejados del comedor. Los cadetes adoptaron una postura más relajada, con los ojos fijos en su líder—. El puesto de unión comandado por el almirante Voss Parck ha caído en manos de la Alianza Rebelde —dijo sin más preámbulos.

Jag superó el golpe con dificultad. ¡El puesto de su padre, destruido! Una vez más los rebeldes habían reducido al caos una parte de su ordenado mundo. El comandante Gimald avanzó hacia Stent y se cuadró marcialmente, en un saludo de cortesía reservado habitualmente a los militares de rangos más elevados. El inequívoco signo de un futuro desacuerdo. Era el tipo de ironía mordaz que Jag había aprendido a esperar de los chiss.

—Con el debido respeto, comandante Stent, la antigua Alianza Rebelde no es llamada así desde hace al menos diez años. Los cadetes son instados a permanecer al corriente de los acontecimientos políticos.

—El nombre puede haber cambiado tras la tan renombrada Batalla de Endor, pero tras quince años esta autoproclamada «Nueva República» no sigue siendo sino una apestosa colección de delincuentes, campesinos y desertores —respondió Stent sin rodeos—. Pero no me han enviado aquí para discutir de exactitudes semánticas. ¿Me da usted su permiso, comandante?

Gimald le otorgó la palabra, con el rostro tenso, saludando de un modo sombrío y formal que sería más apropiado en una audiencia con el senado chiss.

—Hubo dos olas de ataques —continuó Stent—. La primera vino de espías Jedi. Las instalaciones fueron destruidas. Salvamos lo que pudimos, pero la llegada de otras naves nos obligó a una retirada estratégica. Es posible que hayamos dejado olvidadas algunas grabaciones. Si los cierres de seguridad han sido violados, el emplazamiento de esta academia corre el riesgo de ser descubierto.

Jag mantuvo la mirada fija, pero un repentino calor invadió su rostro cuando sintió las rojas miradas de los otros cadetes clavadas en él. El emplazamiento de la academia no había entrado en los bancos de datos. Ningún humano salvo el barón Fel conocía su emplazamiento, y esta información sólo se le había dado a regañadientes y su precio había sido la seguridad de su único hijo vivo. El barón Fel comprendía que traicionar el emplazamiento de esta academia significaría igualmente arriesgar la vida de su hijo. Jag sabía que su padre no le traicionaría.

Inmóvil, Stent estaba allí, preparando la academia para un ataque. Estaba bajo las órdenes del general barón Fel. ¿Por qué había venido, sino porque la Nueva República había descubierto el emplazamiento de la academia?

Un débil murmullo rompió el silencio y creció rápidamente convirtiéndose en una ola salvaje que abarcó todo el espectro sonoro, mezclando un grave rugido atronador que hizo retumbar el suelo con un agudo alarido de depredador. Las alarmas sonaron y se encendieron avisos luminosos.

Los chiss se precipitaron hacia los hangares de las naves.

Jag les siguió como lo había hecho numerosas veces durante los ejercicios, recorriendo rápidamente los pasillos que surgían radialmente del vasto bosque ubicado en el centro de la cúpula. El pasaje estaba lleno de un complejo olor vegetal que contrastaba extrañamente con la flota de metal y cerámica visible a través de los muros de transpariacero de los hangares.

Jag recordó demasiado tarde que su nave, la tristemente célebre *Llama Azul*, no estaba en el hangar, sino en la bahía de reparaciones.

De nuevo.

Su corazón se hundió. Aminoró su paso y se pegó al muro del pasillo para dejar pasar a los demás. Su mirada se posó con envidia en uno de los lisos y brillantes *desgarradores* plateados asignados a sus camaradas. Con su cabina redondeada y sus cuatro brazos de

metal limpiamente curvados, parecían una manada de fieras, agazapadas en el suelo y listas para saltar hacia el cielo.

Súbitamente, un terrible choque hizo estremecerse la estructura, proyectando fragmentos del muro de transpariacero sobre el suelo. Jag alzó los brazos ante su rostro, pero antes pudo ver a los cadetes caer bajo una brillante ducha de fragmentos afilados como cuchillas. Muchos de los estudiantes chiss no volvieron a levantarse. Los ensangrentados supervivientes se arrastraron entre los escombros para llegar a sus naves. Luego se detuvieron, mirando consternados, con los labios tensos, su flota arruinada.

Unos pequeños incendios ardían por el hangar. Los extintores se activaron, apagando las llamas, pero incapaces de aliviar el ardiente dolor proveniente de una docena de heridas repartidas por el cuerpo de Jag. Extrajo de su antebrazo un fragmento particularmente doloroso, y luego examinó el resto de daños.

La causa del desastre había sido un carguero de tamaño medio. Sus restos dispersos cubrían el suelo del hangar, que se había deformado y resquebrajado bajo el impacto. Su cargamento, la mayor parte del cual no era militar, salía del quebrado casco y se extendía por el suelo. Entre el impacto y los escombros, la mayor parte de los *desgarradores* habían sido dañados de manera irreversible. Sólo uno parecía seguir aún intacto.

Jag miró hacia arriba. El techo estaba perforado, con un enorme agujero que revelaba otra brecha en el muro exterior de la cúpula. Los dentados bordes de ambas aperturas refractaban la luz de las lunas convergentes. Era una suerte, advirtió Jag, que el planeta estuviera en una de las estaciones templadas de su complejo ciclo, que duraba años. Si hubieran estado en el invierno profundo, la ruptura de la cúpula habría significado una muerte segura.

—No ha sido un ataque deliberado —dijo Jag, buscando los ojos del siniestro rostro de Stent—. No han sido los rebeldes… ni la Nueva República.

El chiss le miró fríamente.

—Explícate.

Jag dio una patada a una caja reventada, y a la pila de brillantes tejidos que había contenido.

—Esto parece más un saqueo que el cargamento de una nave militar. Usted dijo que la primera oleada de ataques fue llevada a cabo por espías Jedi, y que la segunda llegó más tarde. Es posible que el segundo ataque se deba a piratas, y no a la Nueva República.

Stent consideró la sugerencia.

—Es posible. Yo no estaba allí para confirmar la identidad de los agresores. Pero, ¿piratas viajando con Jedi? Eso no parece lógico.

—Tampoco inaudito —repuso Jag—. La princesa Leia Organa de Alderaan se casó con un contrabandista. Esos extraños compañeros de cama pueden haber sentado un precedente a seguir. Por otra parte, las organizaciones piratas pueden llegar a ser muy ingeniosas. Podían haberse enterado del ataque y seguirles como aves carroñeras hasta el campo de batalla, sin tener ningún contacto con los Jedi.

Una chiss grande y musculosa se acercó a ellos y saludó rápidamente al comandante.

—Solicito permiso para hablar —dijo, echando una insistente mirada a Jag, que no había seguido ese protocolo. Sus ojos rojos se detuvieron un instante en la insignia azul presente en las mangas y perneras del traje de vuelo de Jag. El traje de vuelo de ella estaba marcado en rojo, como el de todos los demás chiss. La primera vez que recibió el uniforme, Jag pensó que se trataba de un símbolo, una forma de integrar al cadete humano con sus camaradas de piel azul cielo. Pero luego se dio cuenta de que era justo lo contrario.

Stent la autorizó con un brusco movimiento de su cabeza. Ella volvió a saludar.

—Teniente Primero Shawnkyr Nuruodo, comandante de cadetes. En mi opinión, señor, el humano podría tener razón. Parece evidente que este carguero ha sido dañado en el asalto del puesto avanzado. El piloto ha intentado aterrizar sobre lo que parecía ser un lago y ha sido sorprendido por la cúpula. Para cuando se dio cuenta de su error, era demasiado tarde para variar el rumbo.

—Exactamente —convino Jag—. Nunca han sabido que estábamos aquí.

—Ahora lo saben.

Shawnkyr señaló al techo agujereado. Minúsculas siluetas de naves intrusas atravesaban la pálida cara de Asdroni, la mayor de las tres lunas del planeta. Parecían girar alrededor del globo incandescente, engordando a cada vuelta.

—Están aterrizando —concluyó Stent—. Si son piratas, aterrizarán y saquearán la academia. ¿Dónde están sus comandantes, sus instructores?

La mirada de Shawnkyr se desplazó hacia varias formas inmóviles que se encontraban bajo pequeños montones de cristal roto.

—Estaban indicando el camino a los hangares. Usted es ahora el oficial de mayor rango, comandante Stent.

El chiss asintió con un movimiento de cabeza y extrajo un pequeño bláster de su cinturón. Se lo dio a Shawnkyr.

—Vaya con diez guerreros a la armería más cercana y reúnan todos los charrics y cargadores de reserva que puedan. Tráiganlos aquí. Los piratas llegarán pronto por la brecha de la cúpula. Debemos estar preparados para recibirles.

Shawnkyr sujetó el bláster en su cinturón. Buscó con la mirada entre los conmocionados supervivientes.

—Fenlish, Kanna, que cada uno de vosotros elija cuatro hombres, y seguidme —gritó, antes de apuntar con la cabeza a Jag para indicarle que él también debía ir con ellos.

Los cadetes corrieron por los pasillos hacia la armería más próxima, y luego miraron a Shawnkyr con impaciencia. Los comandantes de cadetes habían recibido tarjetas llave con las combinaciones de los armarios para utilizarlas en circunstancias como esa.

Tocó el bolsillo de su uniforme, pero la tela desgarrada colgaba en un doblez vacío, su contenido se había perdido. Una onda color lavanda subió por su rostro.

Impulsivamente, Jag se giró y dio una patada a la taquilla, justo a un lado del mecanismo de apertura. El débil metal se deformó. Una segunda patada dobló la puerta

hacia dentro, separándola de la cerradura, pero sin conseguir en absoluto abrirla. Con un suspiro de exasperación, Jag tomó el bláster de Shawnkyr y disparó un solo tiro en la cerradura. La puerta se balanceó y se abrió con un chirrido de protesta.

—Es más rápido de este modo —explicó Jag a los asombrados chiss. Comenzó a retirar los blásters charric de la taquilla. Dejó el primer cargamento en los brazos de Shawnkyr. Sus ojos se encontraron sobre las armas apiladas.

—¿Sus órdenes, teniente? —preguntó.

Ella se recompuso.

—Tlarik, ayuda a Jag a reunir las armas. Todos los demás, poneos en fila. Tomad todo lo que podáis llevar de un viaje y volved con el Comandante Stent para recibir más instrucciones.

Shawnkyr giró sobre sus talones cuando acabó de dar las órdenes a los demás. Jag recogía las armas y las lanzaba hacia los chiss que estaban esperando. Apiló todas las células de energía restantes en los brazos de Tlarik e hizo al último cadete un gesto de partir. Quedaban más armas con las que no podían cargar de forma razonable, pero los cadetes necesitarían todas ellas. Jag pasó las correas de los rifles sobre sus hombros hasta que apenas pudo tenerse en pie con el peso de las armas. Reunió aún más en sus brazos y se dirigió hacia el punto de encuentro. Stent y uno de los cadetes supervivientes verificaban el único *desgarrador* intacto.

Estaba a unos cien metros de distancia cuando una descarga de rayo láser atravesó el hangar. Un resplandor rojo iluminó la devastación. Cuando se apagó, el *desgarrador* había desaparecido, al igual que los dos chiss que lo examinaban.

—Stent —dijo Shawnkyr, sin aliento.

—Usted está al mando —le recordó Tlarik.

Shawnkyr se recompuso casi instantáneamente.

—Que todo el mundo coja un arma y dos cargadores. Cuando todo el mundo esté armado, que aquellos que sean más o menos de mi estatura tomen una segunda arma, mientras quede alguna libre.

Con sus ojos rojos, barrió rápidamente el hangar. Jag siguió su mirada e intentó adivinar por donde iban sus pensamientos. En el extremo más alejado del edificio se encontraba uno de los numerosos pasillos que formaban círculos concéntricos alrededor del bosque interior. Los hangares estaban cerca del centro de la cúpula, una posición cuya intención era proteger las naves de un ataque. Ya que la cúpula era prácticamente invisible desde arriba, sólo un asalto terrestre era considerado como una auténtica amenaza. Sólo la catastróficamente mala suerte de que el carguero se estrellara contra la cúpula había cambiado eso.

—Sellaremos todos los círculos más allá de este —decretó Shawnkyr. Su mirada pasó de un cadete a otro—. Gintish, sella este pasaje. Bombea el oxígeno de todos los pasillos exteriores para contener a los invasores en el centro. ¿Puedes hacerlo? —El joven chiss se cuadró rápidamente y se puso en marcha—. Eso impedirá el saqueo. Con un territorio limitado para explorar, los invasores se dirigirán hacia el centro del bosque. Les

esperaremos allí —concluyó Shawnkyr, echando un vistazo a la cúpula destruida. Sobre ellos, las naves enemigas giraban bajando más y más.

Los jóvenes chiss tomaron posiciones. Mientras Jag sostenía un charric, se preguntó si era el único que se sentía inquieto acerca de ese plan. Lo que Shawnkyr sugería era una de las tradicionales tácticas nacidas en los ejercicios que los chiss habían concebido para proteger a los estudiantes de la academia en caso de invasión terrestre. Todos habían sido entrenados en combate cuerpo a cuerpo, usando el terreno del bosque artificial como una segunda arma. El padre de Jag le había enseñado que los chiss tenían una aptitud inigualable para el pensamiento táctico. ¿Por qué, entonces, estaba Jag tan inquieto?

El bombardeo fue tan brutal como repentino. El fuego láser se desplegó por la cámara destrozada, seguida por el resplandor azul de los torpedos protónicos.

—¡Al bosque! —gritó Shawnkyr.

Los chiss se dispersaron, huyendo de la proximidad inmediata de la primera explosión, tropezando por los pasillos sobre los escombros dispersos mientras se dirigían al refugio central. Allí, la cúpula era más alta y también más impermeable, ya que tenía un espesor de varios metros y estaba protegida por un potente escudo. Jag corría justo detrás de Shawnkyr.

El pasillo ante ellos explotó entre chirriantes trozos de metal. Jag se lanzó sobre Shawnkyr. Cayeron con fuerza y rodaron juntos hasta un pasillo cercano. Se encontraban en la bahía de reparaciones, uno de los lugares más seguros aparte del propio bosque.

***

La chiss se liberó y se levantó, permaneciendo agachada, corriendo con ligereza bajo los pesados enrejados de duracero que alzaban las naves hasta una altura fácilmente accesible.

Se lanzaron de cabeza bajo una de las plataformas y se acurrucaron allí.

Los negros cabellos de Shawnkyr, siempre perfectamente reunidos y sujetos en su nuca, caían sueltos e indisciplinados. Pasó una mano por ellos, intentando restablecer el orden. La mano volvió húmeda y roja, pero ella simplemente limpió la sangre frotándosela contra el uniforme.

—Es probable que las dos terceras partes de los cadetes hayan huido hacia el bosque —murmuró—. Eso deja nuestras fuerzas entre quince y veinte hombres. Debería bastar. Una vez que esos piratas hayan aterrizado, los eliminaremos fácilmente.

Jag comprendió la verdad súbitamente.

—No aterrizarán —dijo—. No por ahora, al menos. Aún quedaban algunos *desgarradores* todavía reconocibles después del primer choque, y las naves se han acercado para verlas mejor. Nadie aparte de los chiss vuela en este tipo de naves. Es poco probable que los piratas ataquen intencionadamente un puesto militar avanzado chiss.

—A menos que sea una forma de debilitarnos antes del ataque principal —concluyó Shawnkyr, amenazante—. Durante ese tiempo, podrían hacer caer los escudos. La cúpula central es robusta, pero no impenetrable.

Permanecieron silenciosos un momento, escuchando el continuo bombardeo, los estallidos y los chirridos penetrantes de la estructura maltratada.

—Stent no dijo si tu padre sobrevivió al asalto de su puesto avanzado —remarcó Shawnkyr.

—No tenía necesidad de hacerlo. ¿Por qué habría venido Stent si mi padre no hubiera sobrevivido? Mi presencia aquí muestra la poca confianza que tenía en el honor de mi padre.

—Es duro, pero lógico —aceptó ella.

Una explosión particularmente potente golpeó la cúpula y sacudió la sala. La chiss miró hacia la plataforma y puso mala cara.

—Podemos quedarnos aquí atrapados durante mucho tiempo. Perdona mi curiosidad: Exactamente, ¿cómo llegaste aquí, a la academia?

Esa era una pregunta que Jag había escuchado durante toda su vida. Había pasado buena parte de su infancia en la Mano de Thrawn, la base oculta del almirante chiss. Había sido educado entre los chiss, y todos habían mostrado la misma curiosidad sobre la presencia de los Fel y sobre sus objetivos.

Durante muchos años, eso había sido fácil de explicar: «Mi padre sirve al Gran Almirante Thrawn» era algo que todos podían comprender. De modo que Jag había sido aceptado, en cierta forma; y pudo jugar con esos niños tan serios de piel azul, y les vio madurar ante él como flores cannu floreciendo rápidamente. Un día eran niños; al siguiente, jóvenes adultos. Chiss de diez años de edad vistiendo el uniforme de cadetes y partiendo a una de las academias militares, cuyos emplazamientos eran guardados tan celosamente como el de la propia Mano de Thrawn. Año tras año, Jag les vio marcharse, con ojos llenos de envidia.

Durante la última estación del monzón, Jag creció casi tan rápidamente como los chiss. Una formación implacable había desarrollado los músculos de su alargado busto, de modo que no era tan desgarbado como los demás adolescentes humanos. Su voz cambió casi igual de precipitadamente, volviéndose tan grave como aguda lo era antes.

Jag se acordó del rostro de su padre cuando fue a verle con motivo de su incorporación a la academia. El barón Fel había estado inusualmente distraído en el transcurso de los últimos meses, y tomó aire un par de veces, sorprendido, mientras observaba al joven que se mantenía en posición de firmes ante su escritorio.

—Wedge —murmuró, incrédulo.

Wedge Antilles era el hermano de su madre, uno de los héroes de la Alianza Rebelde y piloto del famoso Escuadrón Pícaro. Jag supuso que se parecía a él de algún modo: sus cabellos tenían los mismos reflejos oscuros y su rostro estaba marcado por cejas negras, duras facciones y un mentón cuadrado. En una ocasión, Jag pensó en imitar al célebre

piloto. Pero en ese instante, no sintió más que el asombro de que su padre no le reconociera, aunque sólo fuese por un corto instante de tiempo.

Ordenó cuidadosamente sus pensamientos volviendo al presente, hasta la chiss que aguardaba expectante su respuesta.

—Es una cuestión de política —explicó—. Mi presencia ofrece a la comandancia chiss una sensación de seguridad. Los humanos son conocidos por ser emotivos, es pues lógico pensar que el barón Fel, aunque sea actualmente un enlace entre los chiss y el Remanente Imperial, protegerá a las bases ocultas chiss de la explotación imperial por temor a represalias contra su hijo. Asumiendo esto, él es libre de actuar como crea oportuno. Sin rencor, puedo asegurarle que mi seguridad no es más que uno de los muchos factores que han sido tenidos en cuenta en su decisión.

Shawnkyr asintió pensativamente.

—Yo no creía a los humanos capaces de tales decisiones estratégicas.

—Y es exactamente por eso por lo que estamos aquí atrapados, como ratas en su madriguera —replicó.

—Explícate.

—Estrategia… —dijo Jag secamente, alzando su mano izquierda con los dedos extendidos—. Conocimiento de las tácticas militares pasadas —añadió, plegando sus dedos pulgar y anular contra la palma de su mano—. Conocimiento del enemigo —apuntó, plegando el dedo índice—. Comprensión de sus esperanzas —añadió, y subrayó la frase plegando el dedo corazón. Luego agitó la mano, con el meñique aún extendido—. ¿Y qué queda?

—Un proyecto secreto que frustre y haga fracasar esas esperanzas —recitó Shawnkyr.

Jag asintió vehementemente, agitando su puño, ahora cerrado.

—Un proceso racional, una solución bien razonada. Una solución obvia.

Lanzó la mano derecha, dirigiendo sus dedos engarfiados contra la garganta de Shawnkyr. La chiss esquivó el ataque con un movimiento lateral justo antes del impacto, con el disgusto y la cólera mezclándose en su rostro azul.

—Tienes un peligroso modo de señalar las cosas —dijo ella—. Pero efectivo, pese a todo.

—Los chiss exiliaron a Thrawn por sus repetidas ofensas. ¿Nunca os habéis preguntado cómo ese brillante táctico no consiguió ser aceptado por las casas dirigentes?

Ella dudó e inclinó la cabeza.

—He pensado en ello, sí.

—La respuesta es simple: No tuvo ningún error de cálculo. Utilizó esa derrota simulada para alcanzar sus objetivos. ¿Sabías que el Imperio intentó reclutarle antes de su exilio? No podía aceptar honorablemente, no mientras permaneciera en la Defensa Expansionista Chiss. ¿Qué podía hacer salvo labrarse su propia desgracia?

Shawnkyr le miró fijamente.

—Mi padre me habló del subterfugio de Thrawn. Consideraba esa información como parte de mi formación. Y estaba en buena posición para saberlo. Stent lo confirmó

cuando me dio mis órdenes y me explicó el objetivo de esta academia en particular. Éramos una falange secreta, un arma que Thrawn podría revelar en cualquier momento de su elección.

Mientras Shawnkyr asimilaba silenciosamente la información, Jag sospechó que la mención del nombre de Stent dio a sus palabras un peso que de otra forma no habrían tenido. Echó un vistazo al emblema rojo del uniforme de la chiss. Representaba la Llama Helada: la esencia del coraje, del ingenio y de la disciplina, un estado de perfección ideal al que se podía aspirar llegar siempre sin alcanzarlo nunca totalmente. Un gran contraste con la insignia azul de su propio uniforme. A los ojos de los cadetes camaradas de Jag, su aspiración imposible era algo bastante diferente. Su uniforme era un recuerdo constante del hecho de que nunca sería un chiss.

—Dime más —pidió Shawnkyr.

Jag reprimió la oleada de amargura que siguió a sus pensamientos como si fuera la humareda de un nauseabundo tubo de escape.

—Mi padre abandonó el servicio imperial durante un tiempo con el fin de afrontar un asunto personal. La almirante Isard le capturó más tarde, y luego desapareció. La mayoría de la gente dentro y fuera del Imperio supusieron que había sido ejecutado por traición. Eso también era un plan de Thrawn, realizado por el almirante Voss Parck.

Shawnkyr parpadeó, en el equivalente chiss de una boca abierta y un grito de asombro.

—Sí, el mismo oficial imperial que «encontró» a Thrawn durante su exilio y que lo llevó a Coruscant —dijo Jag impacientemente—, y el capitán del destructor estelar que acompañó al Gran Almirante a las llamadas Regiones Desconocidas tras haber caído supuestamente en desgracia en el Imperio. Thrawn planificó cada paso, atrayendo a las fuerzas imperiales al territorio chiss para la protección de su pueblo… El Remanente Imperial ganó puestos avanzados y alianzas, y Thrawn obtuvo una fuente de naves y armamento.

Shawnkyr asintió lentamente.

—Nunca había considerado el asunto de esta forma, pero tu interpretación es lógica. Continúa. Háblame ahora del enemigo; no del de Thrawn, sino de aquel al que nos estamos enfrentando.

—Oportunistas —dijo Jag—. Carroñeros que siguen a los guerreros y limpian los campos de batalla. Si se ven obligados a luchar, prefieren un combate rápido. ¿Qué edad tienes, Shawnkyr?

Ella reaccionó sin dudarlo ante el rápido cambio de tema.

—Doce años estándar.

—En años humanos, no eres más que una niña, pero ante sus ojos eres una adulta, una guerrera aguerrida. Eso es lo que el enemigo espera encontrar aquí abajo. Por eso están atacando a distancia. Si las naves no hubieran sido destruidas y los chiss hubieran podido responder a este ataque con un combate aéreo, nuestro enemigo se habría dispersado y

huiría. Cada cadete al que se enfrentaran confirmaría su hipótesis. Cada cadete, excepto uno.

—¡Oh! —La comprensión hizo arder sus ojos color carmesí—. ¿Y qué podría hacerles disminuir sus expectativas más rápidamente que un chico humano?

Jag dudó entre mostrar su enfado o sonreír. Como ambas respuestas serían incomprendidas por la chiss, se abstuvo de mostrar ninguna.

—Tomaré la *Llama Azul*. Eso debería hacerles bajar sus expectativas a un nivel más manejable.

Su mirada abarcó la vieja y abollada nave.

—Una excelente elección —dijo Shawnkyr sin ningún indicio de humor—. Y yo prepararé a los demás para un asalto por tierra.

Se levantó en un único y ágil movimiento. Jag asintió y se dirigió hacia la vieja nave.

—Teniente Fel —dijo ella, severamente.

Él miró hacia atrás. Un extremo de los labios de la chiss se estiró, en un gesto de aprobación casi imperceptible.

—Queremos que el enemigo aterrice y espere una fácil rapiña. No les disuadas volando demasiado bien.

Esta vez sonrió, pero como podría haberlo hecho Thrawn: con una confianza fría, un aire superior.

—La derrota puede ser el camino más corto hacia el engaño.

***

Jag se dirigió hacia el muelle de reparaciones y examinó su *desgarrador*. Los mecánicos le habían dado una capa de pintura azul plateada tras uno de sus percances. Cubría parte de las cicatrices, pero hacía sobresalir cada abolladura. Soltó los cerrojos de la cabina. Tuvo que dar algunos golpes con el hombro sobre la cúpula redondeada antes de que el mecanismo decidiera abrirse por completo.

Subió a la cabina y activó los repulsores. La nave zumbó cuando los motores se encendieron, y luego se elevó del muelle con la gracilidad de un gamorreano borracho, pero al menos había despegado, y los controles mostraban que las armas habían sido completamente recargadas.

Jag se desplazó suavemente por un ancho pasaje y dirigió cuidadosamente la nave al interior del hangar.

Poco quedaba allí, salvo escombros, pero al menos los invasores se habían ido de ese sector. El cielo al otro lado de la cúpula quebrada se enrojecía por las andanadas láser, pero el enemigo apuntaba ahora a otras partes de la cúpula.

Jag impulsó rápidamente su *desgarrador* hacia la brecha de la cúpula. El agujero era mucho más grande de lo que parecía desde el suelo. Enormes paneles del fino y brillante transpariacero colgaban de los bordes de la brecha. Uno de ellos, más suelto, se desprendió cuando Jag pasó a su lado. Derivó hacia el suelo, pareciendo casi más ligero

que una hoja bajo una dulce brisa, y fuera cual fuese el sonido que produjo su impacto contra el suelo, fue enmascarado por el ruido del motor de Jag, y por el del asalto que se desarrollaba sobre él.

Se elevó en el cielo, activando los comandos que desplegarían los cuatro largos brazos de su nave en posición de ataque. Enmarcarían la cabina, desplegándose en una formación similar a los alerones-S de un Ala-X. Hizo girar la *Llama Azul* en un viraje cerrado, sorprendido y encantado de que una nave tan poco fiable pudiera seguir siendo tan maniobrable.

Las tres lunas estaban en una rara configuración estival. La luna forestal pasaba lentamente ante la gran cara de la luna primaria. Otra más pequeña y más alejada dispersaba un tenue resplandor azul hacia la nebulosa bruma lejana, que se aproximaba. En consecuencia, el cielo estaba tan brillante como en el crepúsculo. Incluso con sus luces al mínimo, pronto sería detectado.

Un Ala-X que pasaba cerca cambió bruscamente de curso y se dirigió hacia él. La nave pirata estaba pintada con un llamativo diseño rojo y negro. Jag puso los motores atmosféricos a plena potencia. Su *desgarrador* hizo un quiebro, evitando por poco una ráfaga carmesí de fuego láser.

La nave enemiga le siguió, oscilando arriba y abajo, y a los lados, en persecución de la *Llama Azul*. Jag consiguió zafarse de ella con mucha dificultad.

Se dirigió hacia la fuerza principal: cinco viejos Ala-X que rodeaban una magullada corbeta. Los piratas habían visto los restos de la flota chiss, dedujo Jag, y probablemente habían determinado, con razón, que si los chiss aún no habían usado misiles tierra-aire, es que no disponían de ellos.

Y ahora, esta batalla enfrentaba a una nave chiss no especialmente rápida contra varios piratas espaciales profesionales. Tenían todos los motivos para esperar derrotarla.

Jag lanzó la *Llama Azul* en un patrón de vuelo errático y zigzagueante, disparando aparentemente al azar. Prácticamente todos sus disparos erraban de forma ridícula. Esperaba que eso permitiera a los piratas olvidarse de sus dos torpedos de protones.

Ambos misiles golpearon sus objetivos, y dos cazas desaparecieron en una breve y brillante explosión. Jag se zambulló directamente en los escombros flotantes, evitando los peores y encajando algunos serios golpes. El Ala-X que le perseguía se alejó, girando a su alrededor a una buena distancia.

Las alarmas de la consola de Jag comenzaron a parpadear. El hiperimpulsor había recibido un golpe. Tenía fugas de carburante, con riesgo de explosión. Se preocuparía de ello más tarde, cuando tuviera necesidad de pasar a velocidad luz… o al menos cuando debiera contemplar esa opción. La nave dañada no tenía ninguna esperanza de alcanzar el hiperespacio.

Le pareció que esta situación podía considerarse como una derrota engañosa. Sus dedos bailaron sobre los controles, transfiriendo la potencia al hipermotor dañado y programando un salto a velocidad luz. Simultáneamente, armó el mecanismo de eyección del hipermotor con el que estaban equipadas todas las naves chiss; aunque pocas naves

podían igualar a un *desgarrador* en maniobrabilidad, sus hipermotores eran conocidos por su tendencia a fallar.

La *Llama Azul* comenzó a temblar mientras tomaba velocidad. Jag observó la aguja subir regularmente mientras la sobrecargada unidad de hipervelocidad se aproximaba al nivel crítico.

—Tengo que estar cerca —murmuró, esquivando una ráfaga láser mientras se lanzaba girando ebriamente hacia un Z-95 que venía de frente.

En el último momento, giró, alejándose, soltando el hipermotor al rojo vivo en la trayectoria del caza.

La onda expansiva golpeó duramente al *desgarrador*, haciéndole girar sin control. Jag dejó ir libremente a la *Llama*, prefiriendo no someter a la vieja carlinga a un esfuerzo mayor. Permitió que el desgarrador se alejase de la batalla, ralentizando poco a poco sus espirales, hasta que pudiera retomar el control de vuelo sin sufrir mayores daños.

Tres cazas abatidos, observó siniestramente. Ya no quedaba más que la corbeta y dos Ala-X.

La nave roja y negra giraba alrededor de los despojos de las demás como un depredador marino examinando un navío destruido durante una tempestad. Parecía que ese piloto, al menos, no estaba convencido de la supuesta ineptitud de Jag.

Jag se ajustó la mascarilla y enderezó los hombros. Debía convencer a esos hombres de que era lo mejor que les quedaba a los chiss, y que eso tampoco significaba que fuera demasiado bueno.

Las luces de alarma parpadearon de nuevo. Esta vez, eran los estabilizadores, que se aproximaban peligrosamente al sobrecalentamiento. Se estaba quedando sin tiempo.

—La derrota es el camino más corto hacia el engaño —murmuró, Jag mientras lanzaba su *desgarrador* en una salvaje zambullida.

Se lanzó a toda velocidad hacia la cúpula, pasando ante las naves piratas como un rayo, y luego conectó todos sus repulsores a plena potencia.

La *Llama Azul* aminoró. Cuánto y a qué velocidad sería difícil de determinar para las naves que se encontraban a mayor altitud. Calcularlo tampoco sería fácil para él.

El desgarrador azul se zambulló a través de la ruptura de la cúpula, golpeando las enormes placas sueltas de transpariacero, semejantes a espejos.

Jag cayó en un torbellino de enormes hojas plateadas.

Aterrizó con tanta fuerza que la nave rebotó.

El impacto le hizo perder los repulsores, por lo que el segundo aterrizaje fue aún más fuerte. El dolor atravesaba todos y cada uno de sus nervios, mientras el cielo sobre su cabeza seguía rojo por el fuego enemigo. Incluso en la oscuridad del hangar, todo parecía brillar como sangre.

Jag se sacudió, aturdido, y forzó la apertura de la cabina. Se retiró su casco de piloto, haciendo caso omiso del dolor palpitante, y alzó los ojos al cielo.

Sobre él, la silueta del Ala-X rojo y negro se recortaba contra la luna verde pálido. Había apagado sus motores y se preparaba a seguir a la *Llama* bajo la cúpula.

Jag intentó saltar del desgarrador, pero apenas pudo hacer más que dejarse caer. Tropezó y se sacudió las esquirlas de transpariacero de su uniforme. Su cabeza le dolía ahora cada vez más fuerte, y un corte en su frente sangraba abundantemente.

La nave estaba en peor estado que él. Dos de los brazos se habían roto y buena parte de la pintura azul se había levantado en el impacto con el transpariacero. Parecía un total desastre. Jag sintió una punzada de pesar mientras miraba alrededor para encontrar lo único que necesitaba para completar el siniestro cuadro.

No lejos de allí, yacía uno de sus compañeros cadetes, en un estado en el que ya era imposible distinguir si era hombre o mujer, humano o chiss. Jag arrastró su cuerpo hacia la *Llama* destruida y lo subió a bordo de la cabina abierta.

Asintió una vez, y luego se giró y se dirigió tropezando hacia el bosque.

Desapareció entre el denso follaje, encontrando un sendero que nadie que no estuviera familiarizado con el terreno podría distinguir. Incluso él no pudo ver a Shawnkyr hasta que ella salió de la sombra de un árbol cubierto de lianas y se puso en medio de su camino.

—¿Vienen?

—Están en camino —respondió él, antes de caer de bruces al suelo.

Fue vagamente consciente de que Shawnkyr le arrastró hacia la espesura de lianas.

Cada parte de su cuerpo estaba entumecida, así que no se quejó cuando ella, sin demasiada delicadeza, le dio la vuelta dejándolo tumbado sobre su espalda. Por un instante ella le miró con ojos serios y escrutadores. Sus dedos recorrieron su frente y luego se hundieron en sus cortos cabellos negros, palpando en busca de heridas.

Mientras lo hacía, las sensaciones comenzaban a volver.

Jag apretó los dientes y se prohibió gritar.

—No lucharás más por hoy —anunció ella—. Traumatismo craneal, y grave. Es un milagro que hayas llegado tan lejos.

Jag alzó sus dedos, que le escocían extrañamente, hasta su frente. Sintió el borde húmedo de un profundo tajo que corría desde su ceja derecha hasta su cabello.

Shawnkyr sacó una navaja de su bota y afeitó diestramente unos mechones de pelo en cada extremo de la herida. Luego rebuscó en un bolsillo y extrajo un pequeño rollo de cinta adhesiva, como la que podría utilizar un mecánico para las reparaciones temporales. Cortó un pedazo con los dientes y unió los bordes de la herida, sujetándolos con la cinta.

—Esto servirá por ahora —respondió a la incrédula mirada de él—. Te necesito despierto. Alguien debe planificar nuestra estrategia.

El suave tintineo del fuego de un charric cantó a través del bosque. Shawnkyr alzó su arma y se agachó.

—¿Cuántos? —preguntó, con una voz apenas más alta que un suspiro.

—Dos cazas monoplaza. Deben estar ya en tierra. Hay otra nave, una corbeta, que podría transportar de dos a cincuenta personas.

—Demasiados —dijo ella.

El dulce canto de un ave atrajo su atención.

—Los dos humanos han aterrizado. Debemos preparar a los cadetes para la invasión principal.

—¿Cuántos quedan? —preguntó él a su vez.

Su rostro se volvió siniestro.

—Sólo siete cadetes siguen capacitados, yo incluida. Incluso en el bosque, no será fácil.

Jag obligó a su aturdida mente a concentrarse. La imagen de las placas de transpariacero cayendo volvió a él, y, con ella, un engaño al estilo Thrawn.

Sus labios se estiraron en una salvaje sonrisa, y Shawnkyr vio la astucia en ella.

—Dime —pidió.

***

Un poco más tarde, los cadetes supervivientes se dirigieron hacia una corbeta atracada, con la intención de utilizar el sistema de comunicaciones para avisar de su situación al puesto avanzado chiss más próximo. Mientras avanzaban por los pasillos, se abrieron camino entre los cuerpos de sus camaradas, arrastrados hasta allí para que pudieran rendir un último servicio. Los chiss muertos reposaban en ligeras y brillantes placas de transpariacero, la sustancia que reflejaba el cielo y creaba la ilusión de que la cúpula era un gran lago.

La superficie estaba ligeramente ondulada, dando a todo lo que reflejaba una ilusión de profundidad y de consistencia.

Jag observó el techo. Varias sogas colgaban, algunas de las cuales todavía se balanceaban.

Momentos antes, cada chiss capacitado colgaba de dos cuerdas apresuradamente sujetas a la estructura metálica del pasillo; una atada al pecho para mantener libres las manos, la otra a los tobillos.

Sus reflejos en los paneles de transpariacero se añadían a los chiss muertos del suelo. A los ojos de los piratas que entrasen en el pasillo, el suelo aparecía cubierto de cuerpos.

Cuando los estudiantes comenzaron a disparar, la confusión golpeó a los invasores. Dispararon al suelo, girando hacia cada puerta que llevase al pasillo, pero nunca se dieron cuenta de que el peligro estaba sobre de sus cabezas. La batalla fue breve y desordenada.

***

—Una táctica inusual —concedió uno de los chiss supervivientes, con sus ojos rojos brillando con aprobación mientras miraba el techo.

Shawnkyr arqueó una de sus negras cejas.

—No tan inusual —repuso ella—. La derrota es a menudo el camino más corto al engaño, y el engaño puede conducir a la victoria. Todos los grandes tácticos saben que esto es cierto. ¿No es así, teniente?

Pasaron varios segundos antes de que Jag se diera cuenta de que él era el teniente al que se dirigía Shawnkyr y que los chiss le miraban, esperando respetuosamente su respuesta. Ninguno de los otros cadetes le había llamado nunca por su rango. Cuando los chiss estaban de buen humor, se dirigían a él por su nombre; si no, se contentaban con «humano».

Midió cuidadosamente sus palabras, comprendiendo la importancia de ese momento.

—Todos nosotros hemos estudiado al Gran Almirante Thrawn —declaró lentamente—. Dicen que su retorno fue un engaño, que está muerto. Yo digo que eso es mentira.

Por una vez, a sus camaradas les faltó la proverbial sangre fría chiss. El estupor se reflejaba en cada rostro. ¡Ese asunto no se había discutido nunca! Pero le observaron con calma, esperando sus palabras.

—Siempre estará con nosotros, mientras sigamos aprendiendo de su ejemplo.

Consideraron sus palabras.

—Siempre he soñado con servir a Thrawn —dijo Shawnkyr lentamente—. Eso no ocurrirá. Pero, yo también, puedo aprender de su ejemplo. Ha hecho falta mucho tiempo para que los chiss se dieran cuenta del líder que fue y aprendieran a seguirle. Ese es un error que no pienso repetir.

Se giró hacia Jag y le ofreció su insignia de comandante de cadetes; luego se cuadró vivamente ante él. Tras un momento de duda, los demás hicieron lo mismo.

Con el ánimo levantado, Jag se alzó y les devolvió el saludo. El esfuerzo fue demasiado, y de nuevo el mundo comenzó a girar y flotar a su alrededor. Miró hacia abajo, intentando volver a orientarse.

Shawnkyr le puso una mano en el brazo y comenzó a acercarles a la corbeta.

—Tengo grandes esperanzas en usted, teniente —dijo suavemente—. No me decepcione intentando hacerse el héroe.

—¿Un miembro del ejército chiss, aspirando a ser un héroe? —dijo fingiendo incredulidad—. ¿Qué diría Thrawn de eso?